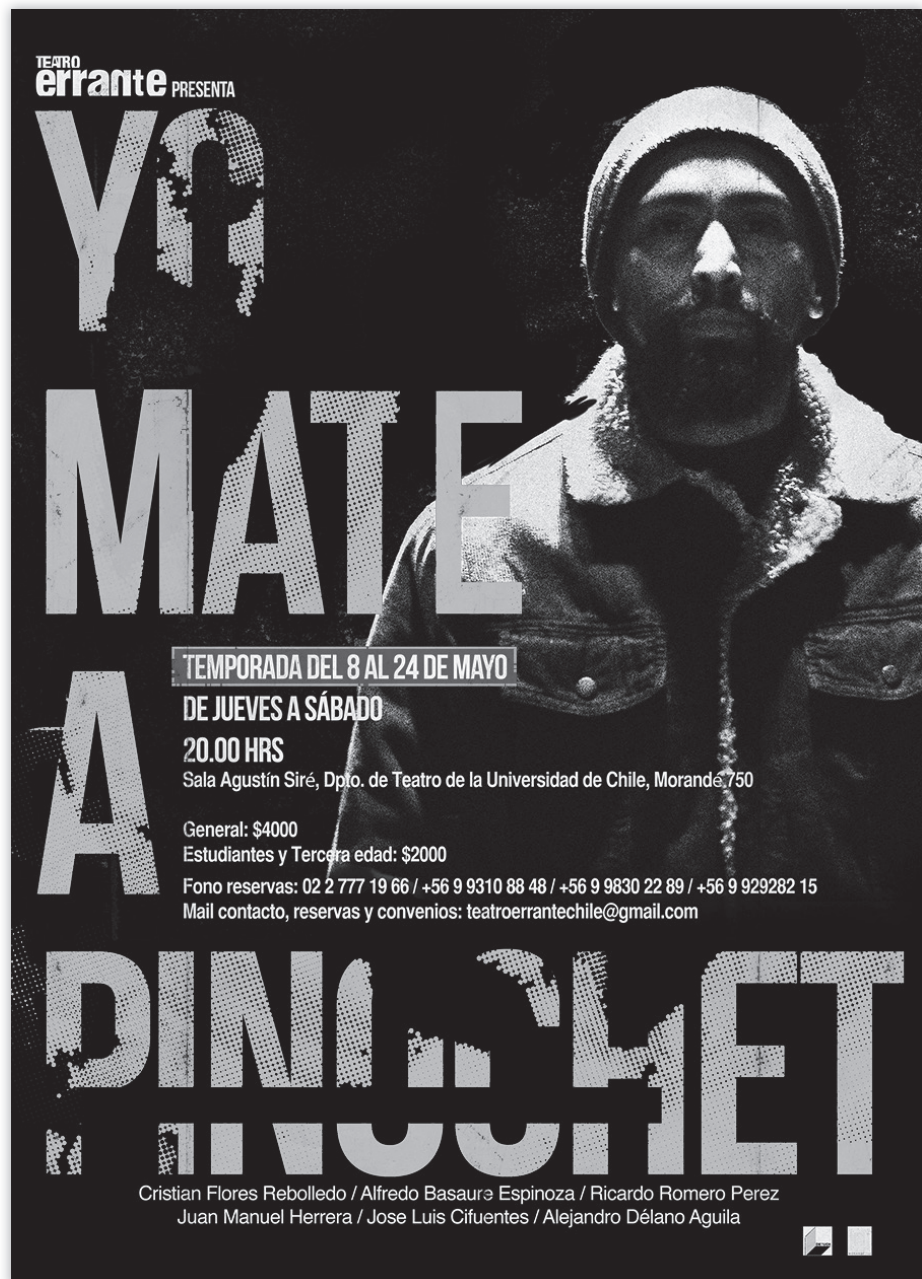


:: TEXTO TEATRAL

Yo maté a Pinochet

De Cristian Flores Rebolledo




TEATRO **errante** PRESENTA

YO MATE A PINOCHET

TEMPORADA DEL 8 AL 24 DE MAYO
DE JUEVES A SÁBADO
20.00 HRS
Sala Agustín Siré, Dpto. de Teatro de la Universidad de Chile, Morandé, 750

General: \$4000
Estudiantes y Tercera edad: \$2000
Fono reservas: 02 2 777 19 66 / +56 9 9310 88 48 / +56 9 9830 22 89 / +56 9 929282 15
Mail contacto, reservas y convenios: teatroerrantechile@gmail.com

Cristian Flores Rebolledo / Alfredo Basaura Espinoza / Ricardo Romero Perez
Juan Manuel Herrera / Jose Luis Cifuentes / Alejandro Délano Águila



Diseño de afiche: Alejandro Délano Águila. Fotografía: Ricardo Romero Pérez.

YO MATÉ A PINOCHET

Un hombre en un espacio, entra con una bicicleta pinchada, una radio en la que suena un tango y una mochila con una caja de herramientas dentro. Se detiene porque siente que lo persiguen, avanza y se detiene un par de veces.

Sí, yo maté al Pinoché... yo lo maté... ¿Acaso piensan que se murió solo ese viejo chuchusumare? ¿Ese perro culiao asqueroso? Fue hace hartos años, el 97, no había otra forma, era preciso, no se podía esperar más (*sarcástico*) "muerta la perra se acaba la leva" (*Pausa*).

Se quedaron en silencio un rato, los descoloqué, no lo podían creen, y yo me cagué de la risa por la cara que pusieron... ¿Acaso lo mataste tú, Pablito? Pero se quedó en silencio, como si lo que le preguntaba era algo absurdo ¿Lo mató Ud., Sofía? Y se cagó de la risa, y me miró de un modo tal que... No pues, ninguno de ustedes dos... Se notaba que no habían podido hacerlo, que fracasaron en el intento o que quizás jamás lo intentaron.... Lo complejo no fue el hecho de declarar que yo soy el asesino del Pinoché, sino terminar con la mentira que habían creído en estos años... Yo lo confesé antes, pero nadie me creyó, ven que como soy el típico chico aníñao... Luego no insistí porque quise ver hasta dónde llegaba todo esto, hasta qué punto uno puede vivir engañado y hasta qué punto yo era capaz de contener este secreto. Además no quería que pensarán que estaba loco... Las pistas estaban ahí mismo, bastaba solo atar los cabos... Porque el Pinoché después del año 97 no era el Pinoché de la dictadura, no era el Pinoché de los pinocheques, no era el Pinoché que el 91 acuarteló al ejército completo como modo de presión y lo mismo después el 93 en el boinazo... ¿se acuerdan que el Pato Aylwin murió pollo? Y un año después ¿se acuerdan? Frei ¿por razones de Estado? Más bien de puro cagao de miedo el narigón culiao decidió tirarle tierra encima al caso... ¿Por qué? Porque ese era el verdadero, el poderoso Pinoché. En cambio el de la aparición en un programa de televisión irrelevante "Noches de Bomba", irónico además (*se ríe*). Después el que se retiró de la comandancia en jefe del ejército porque lo decía la Constitución, pero pudo no haberse provocado si él hacía lo que quería. Después su nombramiento constitucional como senador vitalicio, pero que en rigor casi no participó del parlamento, fue a puro calentar la silla... Después lo tomaron preso en una clínica en Londres y todo queda en nada... El gobierno chileno hizo de todo para traerlo de vuelta y el muy maricón, que se supone que estaba enfermo, llegó caminando... Y acá todos los juicios quedan en nada, le quitan el fuero, que se lo dan, que estaba loco, que no estaba loco. Después una entrevista que hace en Miami y, de nuevo, le quitan el fuero, se lo dan, que estaba loco, que no estaba loco. Después las cuentas del Riggs, el tráfico de armas, la cocaína, el enriquecimiento ilícito... Que era ladrón, que no era ladrón, y todo y nada ¿Por qué?... Porque ese no era Pinoché, no era ese viejo culiao asqueroso. Porque yo lo maté el noventa y siete. Quizás era de verdad ese de las cuentas... Daniel López o no sé quién, pero el del Golpe y el de la silla de ruedas no eran la misma persona, pero era uno igual a él... ¡su doble!... ¡Putá que estaba bien pensado! ¡Una conspiración que mantuviera su imagen viva! ¡Si era algo simbólico...! Obvio, obvio que después que lo maté, el doble del Pinoché debía aparecer en la

tele, aunque fuera en el programa más estúpido, pa' no generar duda y de pasadita molestar a su verdugo. Obvio que los milicos no iban a dejar que un extraño se hiciera cargo de la comandancia de un ejército, obvio que ese extraño no podía ejercer como senador, obvio que el gobierno no permitiría que un extraño, el doble o el triple, ¡ah! o no sé cuántos de Pinoché fuera enjuiciado, porque no estaba permitido tocar esa imagen, ese símbolo, y porque obvio que ese extraño no se iba a hacer cargo de todas las cagás del dictador, ni cagando... y obvio... ¡ah! Y obvio todo lo demás... Se los dije, pero no me creyeron, prefieren creer la historia oficial, es más cómodo... (*pone una canción en su radio*).

No había pisado ese lugar como del 94... fui... no sé... porque me dieron ganas de ir, no sé. Justo antes andaba en la caminata cuando llevaban al cura Pierre pa' la catedral... ¡Qué güena imagen esa! Una multitud de gente caminando detrás del cortejo que se llevaba a unos de los de verdad, a uno de esos que cuesta encontrar hoy.

En la caminata había gritos.... "*compañero Pierre...*" gritaba un cabro en zancos poniéndole güeno con un megáfono... Y La multitud le respondía "...*presente...*" Y el cabro en zancoh poniéndole más güeno "*Juventud y Gloria*" y la gente "*La Victoria*". Y todos juntos "*Juventud y Gloria, La Victoria...*". Fue bonito encontrarse con las vecinas de la población, con unos compañeros de la básica, con unos cabros con los que jugaba a la pelota y con unas pololitas que tuve de chico... ¡buh! con harta gente... Con las Hermanitas de Jesús, que estaban viejitas ya pero me reconocieron al tiro, y me pidieron que fuera a tocar la guitarra en una misa que iban a hacer antes de que enterraran al Pierre... Yo aprendí a tocar la guitarra en la parroquia cuando cabro, era súper güen músico... me comprometí al tiro ¿cómo les iba a decir que no?... Pero no voy a ir... Hace años que no tomo una guitarra... No pude aguantarme el nudo en la garganta, se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no lloré. Pensaba en cuántos más estarían igual que yo, y loh vi. Justo cuando el Cortejo pasó por el frente de un edificio en construcción, ahí arriba un obrero detuvo su trabajo, se sacó su casco, lah antiparras, fue hacia la orilla y se despidió meneando sus brazos. Y sus demás compañeros se sumaron, y todos levantaron sus cascos, sus poleras y se despidieron al borde del edificio, 20 pisos pa arriba, los obreros homenajearon al curita... Yo les saqué una foto.

Fue como si el tiempo se hubiera detenido, fue como haber retrocedido 30 años... parecía que todo eso de treinta años atrás estaba vivo, era una imagen bonita, era una multitud de gente caminando, tratando de levantar literalmente un muerto, de revivirlo. Era como si no pudieran vivir sin ese mito de su revolución de los ochenta... ¡Aonde! ¡Si ellos nunca pudieron pitiarse al viejo reculiao hijo de puta, y se quedaron felices con su plebiscito por el No! No poh, en ese tiempo y después, había que pitiarse hueones nomah, porque ya no servía esa linda revolución de la empanada y el vino tinto, porque ya nos habían cagado con eso antes... y porque todos sabíamos lo que iba a pasar después si no corría bala (*da vuelta el cassette*).

De ahí se me pinchó la bici. Yo seguí caminando y como sin querer llegué al lugar, al bar de don Vitoco. Tenía la misma máscara de siempre, seguía siendo la verdulería más surtida que

jamás vi. Nadie en aquellos años se podía ni imaginar que allí atrás había un bar de verdad, un clandestino. Yo estoy seguro que muy pocos sabían, sino no estaría vivo pa' contarlo. Tenía la misma contraseña, pero ahora estaba atendido por una joven, la Claudita, igualita a don Vitoco... Cuando entré estaba sonando el mismo tocadisco, impecable, habían los mismos muebles, los mismos pisos, las mismas botellas de licor antiguas llenas de té pa' adornar la barra... ¡Ese lugar estaba igualito!... ¡Putá, me sentí como el cabro chico de esos años! En un momento me quedé solo y me puse a mirar el lugar un rato, así, en silencio... Después saqué una pilsen de la máquina, un vaso, me serví, y me mandé un salú. Un salú en décimas que aprendí de un amigo poeta el Omar, decía... "Un salú por loh finaoh/meno el mario e` Lucía/ que no merecía un día/ en el mundo haber estao/Salu por loh asesinaoh/por loh con y sin cortejo/por loh jóveneh y loh viejoh/ que ya estiraron la pata/como el garganta e`lata/que murió jugando el tejo. Hoy loh muerto recordemoh/feoh, bonitoh, curaoh/gordoh, flacoh, pelaoh/a loh que hechamoh demonoh/a loh maloh y loh güenoh/al cojo Piña y al Manco/al que duerme en cajón blanco/y al que el tambor le ha fallao/que al patio de lo callaoh/ni Ud. Ni yo me le arranco... (*aplaude*).

¡Qué guën brindis ese de mi amigo!... Cuando terminé me mandé el vaso al seco. Después entró la Claudita y me echó la media anañá. Qué, qué ¿Por qué saqué la pilsen sin permiso? Qué... Qué... ¿Por qué... no la esperé pa' pedírsela a ella? Qué... Qué... Qué ¿Por qué me atendía solo? Qué. ¿Qué me creía? Yo le dije —si don Víctor no tiene problema que uno se atiende solo, si uno es de confianza, uno ha sido cliente habitual muchos años...— Se fue en el manso rollo. Me dijo —Que estaba bien, pero que así no funcionaban las cosas ahora, que me fuera a sentar, que ella me iba a servir, que su papito ya no era el que atendía... porque su papito hace tiempo había fallecido— (*pausa*) Chucha... Qué iba a saber yo que don Vitoco había fallecido... Le pedí disculpas, me fui a sentar, ella me trajo la pilsen... Después en la mesa yo pensaba que en verdad la chicoca no se parecía en nada a su taita. El viejito era super piola y ella era super pará... Desubicado yo también... Taba clarito que tenía el carácter fuerte, me hizo recordar a mis amigas del Lautaro.

(*Se escucha la canción "Comandante Che Guevara"*) ¡Putá que me gusta este tema!... Llegó un cabro al lugar, traía una guitarra, yo le dije que se tocara esa canción, el chicoco me dijo que no la conocía... Pero qué tonto yo. Yo no lo había reconocido a él, si era el José poh, el hijo de mi amigo, el finaoh Gato... Mi compare Gatito (*se ríe. Silencio*) Uds. no me van a creer cómo falleció mi compare Gatito (*se ríe*). Fue en el 93, el 21 Octubre, en la conocida, pero no muy recordada, masacre de Apoquindo. Ahí un grupo de cuatro compañeros y una compañera, el Gatito, el Yuri, el Ale, el Alvarito y la Orianita, hicieron una recuperación de dinero en el Banco O'higgins, en el ultra protegido barrio de Las Condes, ahí, lamentablemente se echaron a un guardia. Salieron arrancando en un taxi como con cuatro millones de pesos y chocaron con un árbol. Después, como pudieron, se subieron a una liebre, la intercomunal 24 C, nunca, nunca me voy a olvidar. Los interceptaron los pacos y comenzó una batalla. Los pacos disparaban contra la micro con gente arriba, y mis compas se defendían, y se echaron a uno de esos perros. Después llegó hasta un helicóptero... Ya cuando la cosa era evidente, nada se podía hacer, era imposible librar, ellos comunicaron al chofer que se rendían para evitar la masacre. El chofer sacó un pañuelo blanco

para dar esa señal, y mis compas arrojaron sus armas de vida por la ventana y la puerta de la liebre... Se subieron los pacos, y ahí dentro acribillaron a todo lo que se movía... El Gatito, el Ale y el Yuri murieron, la Orianita y Alvarito fueron torturados en la calle. También murieron tres pasajeros... De uno no me acuerdo, el otro era un joven, como de ventitanto... Y la otra, la otra era una joven... casi una niña... El peso de su muerte es enorme, no saben cuánto. Cada uno de ellos se fue alegre eso sí, dispuestos y muy claritos a su último combate, vivieron muy intensamente sus vidas, haciendo lo que querían hacer.

Ven, entonces ¿cómo no iba a pitearme a ese viejo chuchumare hijo de puta del Pinoché? Nunca me voy a olvidar de la sensación en mis manos cuando lo agarré de espalda frente al espejo, le pegué su puntiá y le pasé el corvo por su cogote... ¡Cómo le chorriea el ñache al chanco culiao!

Cuando reconocí al José le invité a una Pilsen, le dije que yo le podía enseñar la canción... — *Después tío*— me dijo y se fue pa la barra... Yo sé que él se sabía el tema... Ni el músico más fulero no se sabe esa canción... Es que él es muy joven... Ni pariente como cuando uno era un cabro, uno andaba metido en todas y las queríamos hacer todas... En la parroquia, en la junta de vecinos, haciendo murales, colonia urbanas, tocando en las peñas. En las protestas, si había que cortar la luz, nosotros les tirábamos las cadenas a los postes, a los transformadores, se escuchaba la explosión. Y después, con los vecinos, quemando todo lo que sirviera de combustible, somieres, neumáticos, muebles viejos, palos, de todo. Y después en la esquina todos compartiendo, los cabros chicos, los viejos y las viejas. Ya cuando éramos más grande hacíamos y sentíamos mucho más, más balazos, más explosiones, más olor a lacrimógena, y pa' mentolatum, y el limón, y las velas... Y los que se iban a acostar temprano tenían que tener cuidado en apagarla, porque si se quedaban dormidos, con las velas prendidas, se les podía quemar la casa. Pa' qué les voy a decir que yo era de los últimos en acostarme. En ese tiempo tiraba mis piedras también, o si había que ir a hacer una recuperación a las tiendas Bata o las Hush Puppies, allá hacíamos un espectáculo súper vistoso y bien organizado pa' que la gente nos conociera... Una vez nos dijeron que teníamos que organizar la llegada de un camión con pollo que se había recuperado. Nos juntamos pa' hacer el cruce, a la hora y en el punto indicado como cinco cabros. Cuando llegamos, había una cuca, una patrulla... ¡Chucha! No sabíamos qué hacer, si enfrentarnos o si irnos. Pero iba a llegar el camión y los compañeros que aunque no los conocíamos, no se podían quedar solos y no se podían perder los pollos... pero la cuca se fue y atrás llegó el camión... Había que hacerla corta, se llamó a los vecinos, se tiraron sus panfletos, se dijeron sus consignas, abrimos el camión... ¡Chucha! Quedó la mansa cagaita... Salieron volando todos los pollos. Nosotros pensábamos que los pollos venían faenados poh, pero estaban vivos... Y después todos tratando de agarrar los pollos, por aquí por allá, por el suelo, la plumas volaban... Y cuando las viejas los agarraban, se los llevaban de las patah y todos cagao de la risa, pero urgíos porque había que hacerla corta... Es que la violencia estaba naturalizada en nosotros, era como estar de una fiesta, todos participábamos... Saben de lo único que no la queríamos hacer era de paco o milico. En verdad, cuando chico sí. Mis viejitos me disfrazaban de milico y a mí me gustaba, (*riendo*) era lo único que imaginaba ser, milico...

La mayoría de los cabros chicos o casi todos querían ser pacos o milicos, otros también querían ser carpinteros, gáfiter, futbolistas, pero otros querían ser abogado o doctores. Esos eran los más motivados, pero en esa época uno los agarraba pa'l webeo porque creíamos que eran medio aweonaos ¿¿Cómo iban a querer ser abogados o doctores!?... Bueno, después, con el tiempo, ahora, yo creo que esos estaban bien. Soñar es algo importante ¿Cómo uno va a poder ser o hacer algo mejor si ni siquiera lo puede soñar o imaginar? ¿Pa' qué va a vivir uno si algo no lo moviliza? ¿Qué sentido tendría?

De todo eso me acordé cuando el chicoco se fue pa' la barra. Yo me lo quedé mirando ahí y seguí tarareando la canción... Y un socio que estaba por ahí, en la otra mesa, le reconoció la melodía al tiro, y con él nos pusimos a cantarla, y nos acordamos del finao Juan Carlos, el músico que había antes en el bar de don Vitoco. Sin mentirles, ese weón del Juan Carlos, se sabía más de mil canciones, parecía rocola, y la que no se sabía uno se la tarareaba y la sacaba de una... Le decíamos "El Pareció", por la cueca los Parecidos, esa del Roberto Parra (*la tararea... Silencio*) ¡Chucha, se me olvidó la letra! ... (*silencio*) Ahora que me pongo a pensar, se están muriendo todos... Ha pasado el tiempo ah... Yo ante tenía buena memoria...

Íbamos embalados conversando con el socio, estábamos prendidos, a medio filo, yo me puse a hablarle de política, de algunos conceptos de seguridad, del clandestinaje, del manto, de la leyenda, del chequeo, contra chequeo, enmascaramiento, compartimentación, etc., etc. Se me estaba soltando la lengua más de lo debido cuando... Cuando llegó la Sofía... —¿Te acuerdas de mí?— Me preguntó y me miró, —No— le dije yo... Y me fui a sentar colorado, rojo como manzana...

Cuando yo todavía era jovencito, cuando acababa de entrar en pleno ardor, me acuerdo que ella se enamoró de mí por admiración a mi arte... Graciosa, alta, medio patuleca, joven, pura y resplandeciente como una aurora de verano era ella... bajo la mirada de sus ojitos negros, bajo su sonrisita divina no había noche que se resistiera... Cariño, suavidad, brillo de la juventud... Embriagados, felices, caíamos de rodillas, pidiendo la dicha y disfrutando el sexo nuestro... Aquella vez, ella estaba hermosa, más que siempre, y me miraba de un modo tal que ni siquiera muerto podré olvidar... Pero ella, ella me dijo ese día, tiempo después de la muerte de unos compañeros— "¡Vámonos! ¡Dejemos esta guerra!..."— Lo recuerdo... Ella me planteó que esa no era mi naturaleza, que era obvio por lo culpable que me sentí por la muerte de esa niñita en la micro, que yo era muy sensible para eso, que yo era incapaz de matar, que esto se estaba poniendo cada vez más violento, que mi rol era ponerle arte y música a la causa, que todo aportaba. Yo no podía soportar que ella me dijera eso. Una cosa era la culpa, otra cosa era mi música, mi sensibilidad, pero otra cosa más importante era nuestra revolución... Yo debía trabajar esa noche, tenía que ir a tocar a una peña, estaba comprometido... La dejé sola, no fui a tocar, nunca más toqué, nunca más la volví a ver... Y nunca más volví a ser un Lautaro. (*Silencio*) Hay un motivo que me avala no haberla seguido, de no haber aceptado, siempre me aferré a ese motivo y lo defendí porque calma mi ansiedad, aunque yo haya dejado la organización... Desde el principio acepté las fantasías y los temores de esta clase que jamás dudé en llamar mía, me

di cuenta de que toda esa imagen idílica y linda del barrio, del cabro chico jugando con tierra, con la ropa rota, con los chuteadores para ir al colegio, porque no tenía otros zapatos o estaban rotos. Que la casita de madera acogedora, que el piso húmedo, que el brasero, que la olla común... Me di cuenta que todo eso hermoso, porque era hermoso, era el resultado de una fisura social; bajo eso hermoso había un quiebre, una fragilidad desde donde nacía un impulso de ser otra cosa, que en mi caso era el deseo de ser un romántico, un rebelde. Yo no lo elegí, porque la rabia no elige ni su voz, ni su mundo, ni su protesta, ni su modo de manifestarla; me estaba asignado desde antes de que yo naciera, atándome a cierto dolor de perfil inconfundible... En mí ese dolor se me dio desde que fui niño como un orientador... Era mi utopía.

¿Quizás me debí quedar con ella? ¿Quizás debí haber abandonado esta guerra...? (*Rabioso*) Y me entró ese pensamiento que siempre aparece cuando se abre esta herida... En alguna parte de mí sentí que se me abrían los ojos, pensé que no existía tal arte sagrado romántico, sagrado y rebelde, que todo es delirio y engaño, que soy un payaso, un esclavo, un juguete del ocio... Porque hoy día se protesta o se compra, con un par de monedas, un *souvenir* de una imagen revolucionaria, pero esa imagen sigue siendo lejana, como una figura de barro o de greda, como un adorno. La quieren por vanidad, pero nunca se rebajarán al punto de perder algo por eso. Yo perdí algo bonito por eso, perdí esa mirada... Dan ganas de dejar de creer en aplausos, en entusiasmos, pero me aferro a mi motivo, a ese de mi ADN. (*Sorpresivamente suena una grabación de él mismo en la radio*)

Grabación: “Yo estaba en un restorán. Había terminado una reunión con el dueño porque me quería contratar pa’ que tocara un par de días a la hora de almuerzo. Alguien le habló de mí, que tocaba temas del recuerdo, pero yo hace tiempo que no pescaba la guitarra... fui igual nomás porque tenía poca pega, necesitaba las moneas... después el dueño me invitó a comer, se rajó el viejito con un vinito y un buen platito de comida. Me estaba haciendo la pata porque pagaba poco. Estaba rica la comida pero no la pude seguir disfrutando, entraron unos pacos y otros weones de civil, revisaron el baño y todos los rincones, todos los que estábamos en el local quedamos pa dentro, yo me perseguí de una... yo ya no era Lautaro, pero un combatiente, para bien o para mal, nunca lo deja de ser un combatiente... estaba seguro de que me buscaban a mí... con todas las veces que caché que me seguían, con todas las veces que había esquivado y perdido a los weones, las veces que me apretaron y amenazaron, cualquier cosa que se movía medio raro era pa’ mí el enemigo... Quedé...”

(*Detiene la cinta, y continúa él con el relato*).

Quedé helao cuando los vi. Pero después que revisaron el lugar salieron. Yo dejé mi plato de comida a medio terminar y me fui a esconder a la cocina, pregunté por el baño, y la gente me conectó por una puerta que daba directamente desde ahí. No sabía por dónde salir y me escondí en una de las cabinas de lo’ wáter. Tenía mi arma de vida conmigo por si había que usarla, y pasé ahí acurrucado sobre la taza un rato. De pronto, alguien entró al baño y se puso a mear. Yo abrí la puerta de la cabina que pesca justo por el costado de los urinarios, y lo primero que

veo es una tula, no era muy impresionante, pero tampoco era tan chica... No es que yo me haya interesado en esa tula, me fijé en eso porque estaba agachado, es lo primero que vi a esa altura. Era una tula normal, medio pálida, medio deslavá, le colgaba el pellejo tanto que hacía que el pichí saliera como cuando uno juega con la manguera. La mano que agarraba la tula era una mano pálida también, vieja, no era la mano de un trabajador. Cuando amplié mi mirada, vi un uniforme de militar, era elegante la wea, gris, con detalles rojos, dorados, lleno de medallas en el pecho, al lado del corazón... Era el Dictador, en frente mío y en desventaja moral. Yo no pensé nada cuando vi su cara, fue un acto instintivo, salí de la cabina, me acerqué, lo apunté con mi arma, el viejo reculíao se guardó la tula por la vergüenza porque no la tenía tan grande, se meó los pantalones, y se puso a llorar. Yo me cagué de la risa, pero por dentro, no podía perder el tiempo demostrándole todo lo que sentía teniéndolo así en ese momento. Le puse una patá en lo cocos al viejo rechuchesumare que no pudo sacar el resuello y no alcanzó a gritarle a sus perros guardianes. Le puse el fierro en la cabeza, lo desarmé, el viejo tenía un corbo. Lo hice mirarse al espejo con el fierro en la cabeza y el corbo en el cogote, le pegué una puntiá para humillarlo, eso me dio un poco de asco, y sin esperar más, lo degollé... ¡Cómo le chorreaba el ñiache al chanchoculíao...! Ahí no supe qué hacer... Había pasado un rato y de seguro ya estarían sospechando porque ese viejo no salía... Busqué un escape, había una ventana chica, no sé por qué no había salido antes por la ventana ¡Súper aweonao...! Pero ese error me entregó mi oportunidad... ahora podría ser peligroso quizás salir por ahí, por esa ventana... Me fui por la puerta que daba hacia la cocina. Me excusé de que quería despedirme del dueño y felicitar al maestro por el platito que me comí. Me devolví a mi mesa y recuperé mi guitarra, pero no sabía cómo salir. Estaba que me meaba ahí mismo, tenía pánico, hubiera sido un suicidio agarrarme a balazos, ponía en peligro a gente que no tenía nada que ver y además había botado la pistola y el corbo por el desagüe del baño... Estaba literalmente en pelota... Pasó el rato y se llenó de policías y de todo el aparato de defensa del dictador, no dejaron salir a nadie. Yo ya estaba asumiendo que estaba cagao. Estaba atento, veía y escuchaba hasta por los codos, transpiraba helado. Nos revisaron a todos por si teníamos armas, la cueíta... Y de repente, nos echaron cagando a todos del local... Me fui caminando, sentía que me seguían, no podía salir corriendo, tenía que hacerme el weón y tratar de perderlos nomáh. Nunca supe nada hasta unos días después. No aparecía nada en las noticias, no se corría ningún rumor, todo seguía como antes, menos yo, que me había escondido para que no me atraparan y estaba como tuna de borracho celebrando mi coraje en secreto. Qué impotencia me daba saber que había logrado lo que muchos querían, pero nadie se atrevió o no lo pudo concretar. Me daban ganas de hacer una declaración pública, así encapuchado, de hacer un video o una grabación de audio adjudicándome el atentado... Ser un héroe en secreto. Pero nunca lo pensé en serio, no era tan alumbrado, no me interesaba ser un héroe. Nunca fuimos, nunca fui diferente a mis vecinos, no fuimos, no fui de esa clase que se adjudica luchas pa' legitimarse, éramos una parte más del eslabón, solo queríamos estar presentes. En verdad, yo creo que ya habían pasado un par de semanas porque se me acabó el trago, la comida, los cigarros, tenía hambre y ansiedad, salí del lugar donde estaba escondido... De mi casa... Súper aweonao. Fui al almacén de la esquina a comprarme algo, la señora estaba viendo tele, estaba hablando Bombalet y decía que iba a entrevistar al viejo culíao. Yo no cachaba una, y le pregunté, a la señora, que de cuándo fue ese

programa “de ahora me dice” —“¿ahora cuándo?”—“Ahora mismo” — Casi me pongo a llorar. Como todavía estaba medio pasao y escondido, no quise decir nada y me fui. No entendía lo que pasaba, ¿habría sobrevivido el viejo? Imposible, si lo degollé. Tampoco tenía un parche en el cogote como para ocultar la herida, ¡No, no, no! Yo estaba seguro que sí lo había matado. Me tomé todo el copete. Cuando estaba dentro de mi borrachera y delirio, entendí que se estaba planeando una conspiración... ¿Por qué no querían que el país y el mundo se enteraran que el dictador había sido asesinado? Comprendí que la muerte de ese chuchusumare era algo más que lo concreto, que era algo simbólico. Muerto el dictador, asesinado, es posible matar todo lo que tenga su marca... Significaba que terminar con todo estaba al alcance de una decisión, de aprovechar la oportunidad, porque estaba en nuestras manos, así mismo como estas manos le cortaron el cogote. Fui donde los pacos, fui a acusarme, me fui corriendo. La opinión pública debía enterarse que el dictador había sido asesinado, que yo lo maté. Llegué, se los conté todo con lujo de detalles, del restorán, del baño y de cómo lo degollé frente al espejo. Ellos me miraron con horror, se quedaron pasmados los weones, se miraron entre ellos, y se cagaron de la risa de mí... No me tomaron en serio por estar un poco pasao y por ser el típico chico aniñado. Me encerraron en el calabozo hasta el otro día, pero antes me molieron a palos lo muy cobardes. Cuando me soltaron yo insistí con mi historia, pero me echaron cagando del retén... Y era obvio que no me creyeran, era imposible que unos pacos de comisaría supieran la noticia, era un secreto de Estado, ellos todavía no eran parte de la conspiración.

Monolo comienza a arreglar la rueda pinchada.

Me dio vergüenza ver a la Sofía nuevamente, por sobre todo como me miró... Ella miraba de un modo tal que ni siquiera muerto la podré olvidar... —*Lo más terrible del paso del tiempo, es que la mirada no envejece*— Eso me lo dijo un amigo uruguayo, don Arturo, que a su vez a él se lo dijo un viejo que no me acuerdo cómo se llama, pero que mucha razón tenía. Después que la dejé de ver, ella continuó su vida, se puso a pinchar un tiempo con otro cabro. Al socio yo lo conocía, más de alguna vez nos terciamos en alguna actividad más pública y en otras también, y ahí yo lo reconocía por la voz, como tenía buen oído. Pero él no era uno de mis compas, él era, pa’ explicarme bien, algo así como un primo lejano... Con un cuento bien pulento el hombre, pero él era solo un soldado, otros pensaban por él. Era del brazo armado de un partido político, se creían vanguardia los locos, sabían que habían nacido parao, como guagua grande, con entrenamiento, chupete y fierro. Y a mí con mis compas nos miraban como bichos raros, porque éramos puros cabros de pobla, sin ningún intelectual o algo parecido en nuestras filas... Con meno’ entrenamiento, pero nosotros nos formamos ahí, y nos terminamos enamorando de la lejanía que teníamos con estos primos. Simplemente no éramos de ese mundo tan reformista. Siempre pensé que aparte de considerarnos bichos raros, ellos y todos los demás, no es mucho lo que sabían de nosotros... Pero igual me picó que la Sofía se haya puesto a pinchar con uno de esos socios, hasta el día de hoy, siempre me ha picao... Pero mi culpa nomáh fue, me la perdí. Lo peor de todo, es que el socio ese, con el que nos acordamos del finao Juan Carlos, ese que reconoció la melodía altiro... Era él poh, el Pablito, el que había sido pinche de la Sofía. Me dieron puras ganas de llorar, me quería enterrar vivo... No sé cómo no lo reconocí antes, no le

reconocí ni la voz, ni la facha, ni la cara, se había enmascarao muy re bien el hombre, nunca, nunca asocié que conocía este lugar... Y estaba clarito como el agua, si al bar de don Vitoco íbamos todos, porque aunque primos lejanos y con diferencias claritas... de alguna forma, estábamos todos en la misma... Y andábamos todos en la misma, ninguno podía explicar porque había llegado ahí al bar... Nos pusimos a hablar del pasado, de todas nuestras aventuras, era como si sucediera. Nos reímos, cantamos, la Claudita y el José estaban emocionados con los relatos... Después la niña se rajó con unas cañitas de vino y yo le pedí la guitarra, la guitarra al José y me saqué un tema. *(Toma la rueda de su bicicleta y la usa como guitarra, canta una parte de "El necio" de Silvio Rodríguez).*

Todos se pusieron a llorar... El José después se sacó otros temas del recuerdo y yo me puse hablar con la Sofía mientras los otros cantaban... Lo que hablamos no se los voy a contar eso sí, es pa' mí... Solo, solo que fue como esa última vez... Ella estaba hermosa y me miraba... Es que el vino lo pone así a uno, medio cariñoso, valiente, nostálgico... Estábamos a punto de darnos un beso... Pero llegó el Pablito a molestarnos, nos agarraba pa'l webeo. Después nos seguimos emborrachando, el José se sacó el "Playa Girón", yo miré a todos los que estábamos en el local y me sentí absolutamente derrotado. Miré para el lado y mis compañeros y amigos ya no estaban, la niñita de la micro ya no estaba, los sueños no estaban... Y recordé que la perdí, que la dejé, y que al final no hice nada... Me dio la sensación que algo había quedado a la mitad...

(Como dirigiéndose a una mesa) Tengo algo que contarles, hace años que guardo un secreto. Nadie podría creer que yo hice lo que hice, pero yo siempre supe que sí podía... Siempre imaginé un momento, siempre pensé en ese encuentro y yo estaba preparado... No sé cuál fue el motivo principal... No sé si fue el odio justificado por la figura de poder, sin carisma, pero de poder, que significaba ese viejo chuchesumare, y que despertaba en mi rabia profunda... No sé si fue mi convicción ideológica o la frustración de haber perdido cosas, no sé si fue la casualidad, la oportunidad...

Sí, yo maté al Pinoché, yo lo maté... *(Silencio)* Se quedaron en silencio, mudos, emocionados... Se paró el Pablito, se hizo un brindis muy solemne, y se cagaron de la risa de mí... Yo les dije que ellos habían sido engañados, que la conspiración era en serio, que era obvio que no se podía decir que él había sido asesinado, porque la muerte de ese chuchesumare era algo más que lo concreto, que era simbólico... Y se reían, creían que yo seguía contando un chiste con cada palabra... Que yo era incapaz de hacer eso, el chico aniñao me dijeron, weón pegao... —*"El viejo murió solo, pero lo sacamos, la lucha del pueblo lo derrotó en los ochenta, y nosotros aportamos a eso... no seai pegao y no seai resentido, Manolito"*— Eso me mató... ¿Por qué me hacen ese juicio? Ellos estaban cómodos en su país de ahora, y yo sigo siendo un bicho raro. Fue el mismo juicio de antes. Es el juicio que nos acusó y castigó por habernos decidido a existir, por combatir risueños a la dictadura, por atacar esta democracia cartucha violándola repetida y abundantemente, con sus valores, sus personajes y sus instituciones. Por tomarnos todo... Por llamar a la satisfacción plena, de propagar sueños. De armarnos y lanzarnos a la lucha por la FELICIDAD, en medio de una propaganda armada, con una camioneta en llamas, megáfono y

panfleto abundante, compartiendo, disfrazados de payasos, y se rieron de mí. Yo maté a Pinoché y se rieron de mí... *(Suena la grabación de su registro en el encuentro con Pinochet desde donde la detuvo anteriormente).*

Grabación: "Quedé helao cuando los vi, pero después que revisaron el lugar salieron. Yo dejé mi plato de comida a medio terminar y me fui a esconder a la cocina, pregunté por el baño, y la gente me conectó por una puerta que daba directamente desde ahí. No sabía por dónde salir y me escondí en una de las cabinas de los wáter, pasé ahí acurrucado sobre la taza un rato. De pronto alguien entró al baño y se puso a mear. Yo abrí la puerta de la cabina que pesca justo por el costado de los urinarios y lo primero que veo, es al dictador en frente mío. Yo no pensé nada cuando vi su cara, fue un acto instintivo. Salí de la cabina, me acerqué y él me dijo —"Hola, mijo, estaba que me miaba"— se tiró hasta un peo... Se lavó las manos, me miró a través del espejo... Y se fue.... Yo no hice nada..." (Silencio, detiene la cinta).

Esto no tenía que haber pasado, no era necesario, solo quería recordar, estaba nostálgico. Quise imaginar que lo perdido, que tanta muerte, que esa alegre rebeldía tuvo razón de ser... Defendí mi fantasía hasta el final, así como no lo hice antes... Hasta perder la vida, hasta enfrentar la muerte... Yo no maté a Pinoché, nadie lo mató, nadie lo derrotó, se construyó un mito del triunfo republicano y se masificó así como una marca, que está en el cuerpo de nuestra derrota, en los cuerpos de viejos culiaos que somos... ¿Cómo se mata eso? ¿Sería matándonos a nosotros mismos? Y con eso nuestras frustraciones, nuestros miedos, nuestras formas. Para alivianar la carga. Solo podemos quedar en la memoria como una experiencia de la derrota, que se ha escrito con pieles, miradas, tactos y fuegos, con odio particular y concentrado, con combate en vivo y en caliente, rebosante de locura, de porfía y decisión de ser, repleta de utopías de amantes, llenos de besos y deseos en este país ajeno... Así debe quedar pa' el tiempo nuevo nuestra derrota, así el sueño de este tiempo podrá construir una Patria impregnada de colores y repleta de proyectos, de trabajo, de goce, de estudio, de espacios, de creación, de alegría y llenita de amor... Con casas, escuelas, hospitales, plazas y parques bien bonitos. Trabajando su cobre y su carbón, la energía de sus ríos, la tierra, sus propias industrias. Sin desaparecidos, sin represión a su juventud, sin mapuches asesinados, sin weones que les peguen a las mujeres, sin verdades ni justicia pendientes, con las bestias y asesinos encerrados. Realizando siempre "lo imposible", y liberado para ser y crear con imaginación, distante de las telarañas del consumismo que idiotiza y aliena. El capitalismo, este de acá, este que es descarado, impide la felicidad y el desarrollo de las personas como personas, condena a la pobreza... *(Se dispara con sus dedos en la sien).*

Hay una bicicleta que arreglar, hay que hacerlo entre varios, entre todos. Hay que acabar con su marca, hay que traer la memoria. Todavía es posible pelear hasta el final para celebrar su muerte y construir lo nuevo.

FICHA TÉCNICA

- **Dirección:** Cristian Flores Rebolledo y Alfredo Basaure Espinoza
- **Dramaturgia:** Cristian Flores Rebolledo
- **Intérprete:** Cristian Flores Rebolledo
- **Diseño integral:** Ricardo Romero Pérez
- **Diseño sonoro:** Juan Manuel Herrera
- **Producción ejecutiva:** José Luis Cifuentes Soto
- **Diseño gráfico:** Alejandro Délano Águila

- **Registro de Propiedad Intelectual:** 235310